

Quevedo y Alatríste

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

Universidad de Murcia

A siete de diciembre, víspera de la Concepción de nuestra señora, a las diez y media de la noche, fui traído en el rigor del invierno, sin capa y sin una camisa, de sesenta y un año, a este convento Real de San Marcos de León, donde he estado todo el dicho tiempo con rigurosísima prisión, enfermo por tres heridas que con los fríos y la vecindad de un río que tengo a la cabecera se me han cancerado, y por falta de cirujano y no sin piedad, me las han visto cauterizar con mis manos [...].

Los que me ven no me juzgan preso, sino con mucho rigor justiciado: por esto no espero la muerte, antes la trato; prodigalidad suya es la que vivo, no me falta para muerto sino la sepultura, por ser el descanso de los difuntos.

Todo lo he perdido [...] ninguna clemencia puede darme muchos años, ni quitarme muchos años algún rigor.¹ (Astrana 1946: 429-431)

Esto escribía el 7 de octubre de 1641, un Quevedo desesperado, tras un año y diez meses de prisión (ejecutada su detención con precipitada entrada por la noche en su alojamiento, que era propiedad del Duque de Alba, quien la tenía alquilada al de Medinaceli, donde se hallaba hospedado, el 7 de diciembre de 1639). Todavía había de durarle dos años más, puesto que estuvo allí tres años y ocho meses, en el que hoy es un Parador Nacional y era ya uno de los monumentos más bellos de España, pero en la época también un frío convento, a la orilla del río Bernesga, en la frialdad de León.

Hasta un día que no podemos precisar de junio de 1643 en que recobra la libertad, uno de los más grandes escritores de España, ha vivido sin juicio, sin acusación concreta, un encarcelamiento, que según nos dice en el Prólogo a *La*

¹ Carta CCXII, de Quevedo al Conde Duque de Olivares, firmada el 7 de Octubre de 1641.

caída para levantarse: “estuve preso cuatro años, los dos como fiera, cerrado, solo en un aposento, sin comercio humano.”² (Jauralde 1999: 762).

Mucho tiene escrito Quevedo, pero les aseguro que la lectura del Epistolario escrito desde la cárcel contiene algunas de las más desgarradoras páginas salidas de su pluma, dirigidas al padre Pedro Pimentel, a don Francisco de Oviedo, y lo que es más humillante, como el texto con el que he comenzado esta ponencia, al propio Conde Duque, causa de su prisión, pidiéndole clemencia.

No se recuperó ya de esto su quebrantada salud. Quevedo dejó de ser el mismo. Retirado a la paz de sus desiertos, con pocos pero doctos libros juntos, en la Torre de Juan Abad, viviría desde entonces realmente ya en conversación con los difuntos, porque las consecuencias sobre su cuerpo y alma de este episodio resultaron fatales. Él mismo lo refiere. Desde ese lugar, escribe el 4 de noviembre de 1644 a su amigo don Sancho de Sandoval:

pregúntame v.m. cuál es mi enfermedad, más fácil me sería cuál no lo es, después de cuatro años de prisión estudiada por el odio y la venganza del poder sumo, en un aposento cerrado por de fuera, dos años sin criado ni comercio humano, y un río por cabecera en tierra donde el hibierno es rigurosísimo, ¿qué he podido atesorar sino muerte, y hallarme con el cuerpo inhabitable, a quien ya soy güesped molesto?³ (Astrana 1946: 470)

Corrió bastante tinta entonces, y ha corrido ahora, sobre la prisión de Quevedo. A ella se refiere Íñigo de Balboa, el narrador de la serie de Alatraste, cuando escribe en el volumen segundo de la serie, el titulado *Limpieza de sangre*:

Y aquella amistad, cogida con alfileres, a pesar de los intentos de Olivares y otros poderosos de la Corte por atraerse al poeta, terminaría rompiéndose años más tarde; dicen las lenguas ociosas que con el famoso memorial de la servilleta, aunque yo tengo para mí que fue cosa de más envidia la que los

² El subrayado es mío.

³ Carta CCLII.

convirtió en enemigos mortales, despertó la cólera del rey nuestro señor, y fue causa de la prisión de don Francisco, ya viejo y enfermo en San Marcos de León. Eso ocurrió más adelante, llegado el tiempo en que trocada la monarquía en máquina insaciable de devorar impuestos, sin dar a cambio al esquilmado pueblo más que desastres bélicos y desaciertos políticos, Cataluña y Portugal se alzaron en armas, el francés –como de costumbre– quiso sacar tajada [...] Pero a tan sombríos tiempos me referiré en su momento. (Pérez-Reverte 2006a: 181)

Hace Íñigo de Balboa una de sus frecuentes analepsis, o anticipaciones narrativas, puesto que los hechos que narra en *Limpieza de sangre* están fechados en 1623. No es extraño en un narrador que ya en el primer libro de la serie *El capitán Alatriste* (Pérez-Reverte 2005: 180) se refiere a la batalla de Rocroi, donde sabemos por él que morirá Alatriste, veinte años después, en aquella famosa derrota, que dio al traste con la invencibilidad de los tercios españoles, habida en la llanura de Rocroi, el 19 de mayo de 1643, coincidiendo precisamente con la prisión de Quevedo.

En el texto en que Balboa se refiere a la cárcel de Quevedo, hay mucha enjundia y comienza a ser prueba de algo que quiero transmitir en primer lugar sobre Quevedo y Alatriste. Pérez-Reverte se ha documentado mucho porque en tan pequeña observación de Íñigo de Balboa está todo cuanto puede saberse. Da por descartada la famosa leyenda popular, de la que se había hecho eco Luis Astrana Marín en *La vida turbulenta de don Francisco de Quevedo* (Astrana 1945), pero que desmontaron Marañón, J. M. Blecua y Crosby, sobre el famoso memorial “Católica Sacra, Real Majestad” metido en la servilleta del Rey, como causa de su prisión.

Y deja Íñigo de Balboa señalado que la causa fue grave, y que tenía al monarca encolerizado. En efecto, tal cosa se lee en la respuesta que el propio Felipe IV escribe de su puño y letra al margen de la consulta que le hace el 3 de mayo de 1643 Juan Chumacero, a la sazón Presidente del Consejo de Castilla, sobre la excarcelación de Quevedo: “La prisión de don Francisco fue por causa grave. Decid a Joseph González que se acabe de ajustar a lo que resulta de sus papeles, y os de cuenta de ello, y con eso se podrá tomar resolución.”

Ya ha caído Olivares del poder. Tenemos moviéndose a favor de Quevedo a poderosos de la talla del Duque de Medinaceli, del propio Presidente del Consejo de Castilla, pero el Rey advierte de la gravedad del asunto.

Por investigaciones del hispanista sir John Elliot (Elliot 1972: 182; Elliot 1982: 227-250), y aunque algo había avisado ya muy pronto el gacetillero Pellicer,⁴ se sabe que la causa tenía que ver con un movimiento de los Grandes de España, entre ellos el Duque de Medinaceli, que se servía de Quevedo como mensajero, en connivencia con el Nuncio de su Santidad y a satisfacción de Francia, por acabar con el valimiento unipersonal del Conde Duque e instaurar un consejo de Grandes de España que lo sustituyera. Conspiración por tanto contra el noble más poderoso. Pérez-Reverte no únicamente se refiere a la cólera del Rey y gravedad del asunto, sino que hace que Iñigo de Balboa deslice tal causa, al advertir en las palabras que les he citado de Balboa: “el francés –como de costumbre– quiso sacar tajada...”.

Pero no me he referido tan extenso a la prisión de Quevedo y a su eco en Alatraste, únicamente para probar cómo Pérez-Reverte, en muy breve espacio, da otra muestra de su proverbial documentación, muy cercana a los asuntos que trata, sino por otra razón, que también está en el texto, al enumerar el cansancio del pueblo ante una monarquía convertida en máquina ineficaz de sangría económica para desastres bélicos y políticos sin cuento.

Y relacionaré esta razón con otra que es la que me ha llevado principalmente a elegir a Quevedo como espejo donde se mira toda la serie de Alatraste. Quiero mostrar que la figura de Quevedo en la serie no es la de uno más, y que no está en ella, únicamente, como autor literario de los poemas verdaderos o apócrifos suyos que se incluyen al final de cada libro, o de las muchas jácaras, letrillas, sonetos morales o reflexiones estoicas, que a lo largo de los seis volúmenes se van citando y que me es imposible recoger aquí.

⁴ Dice Pellicer en aviso del 30 de diciembre de 1639: “El vulgo habla con variedad [de la prisión]; unos dicen que era porque escribía sátiras contra la Monarquía; otros que porque hablaba mal del gobierno; y otros dicen que adolecía del propio mal que el señor Nuncio, y que entraba cierto francés, criado del cardenal Richelieu, con gran frecuencia en su casa”. (Marañón 1945: 132)

Si he elegido para mi trabajo la relación de Quevedo con Alatríste es porque me hallo convencido de que Quevedo, como persona, como emblema, y como intelectual, pero también como hombre que recibió el rigor de la desdichada España, alcanza a ser también una línea de flotación de toda la serie, de forma que podemos entenderla mejor, en su semántica, en su sentido, si recorremos la representación que en ella se hace del autor de *Los sueños*.

Porque si volvemos, aunque sea un momento tan sólo, a lo que en su *Epistolario* nos dice sobre su prisión, sabemos que le declaraba a su amigo Sandoval, en carta privada, que había sido “estudiada por el odio y venganza del poder sumo”. Pero hay más; aunque en otras varias cartas, precisamente aquellas que, al ser enviadas desde la prisión, podían ser leídas por otros, insiste en no saber nada, y en que nadie le ha acusado, etc., en una de las cuatro cartas insertas en su traducción de las *Epístolas a Lucilio* que no pertenecen a Séneca, y que Fernández Guerra ya separó del conjunto, le hace decir:

¿Pregúntasme por qué estoy preso? Respondo que por lo que no sé, y esto puede ser poco, y debo ser muy rudo pero en tantos años no he podido saberlo [...]. No es sin razón que yo esté preso sino que no lo estén muchos... (Jauralde 1999: 793)

A esto voy, en la narración en que no puedo detenerme ahora, sobre el día y la forma en que Quevedo es apresado: sabemos que estaba en una casa proporcionada por el duque de Medinaceli. El escritor es condenado, sin juicio, ni examen de los papeles que le requisan, a esa dura prisión de San Marcos, pero el Duque, que encabezaba la conspiración contra Olivares, simplemente es deportado a sus fincas de Andalucía, por un breve tiempo. Seguramente no dejaría de pensar Quevedo en aquellas frías noches junto al Bernesga en este distinto rasero. Y seguramente no esperaba que luego su amigo el Duque emparentara por vía filial con el duque del Infantado, que era quien había delatado a Quevedo, y a quien el propio Quevedo tiene que escribir luego (no

fue pequeña la humillación) celebrando la boda de su primogénito con la hija del de Medinaceli...

Esta es la España de Felipe IV. Por mucho que Quevedo valiera como intelectual, como poeta, por mucho que se esforzara por ser noble, lo era en la escala inferior de un Señorío de la Torre de Juan Abad. Y esa diferencia la sufrió siempre. Ya la padeció con la caída de Osuna, sobre la que es elocuente Alatraste en *Corsarios de Levante* (Pérez-Reverte 2006b: 219 y 353), se acercó posteriormente a Olivares y cambió entonces su suerte (precisamente en los años en que ocurren los hechos narrados hasta ahora por los libros de Pérez-Reverte), pero cayó definitivamente cuando se arrimó a Medinaceli contra Olivares, a favor de las tramas de su nuevo señor, por mucho que también lo fuera por convicción contra los desastres del valido. Pero ¡qué distinta suerte la del uno y la de los otros!, la de los Grandes de España y la de los pequeños señores, hidalgos, o simplemente soldados, en escalas descendentes.

No deja nunca el propio capitán Alatraste de probar tales distancias y suertes en su propia carne. Y de ahí la creciente acritud de su mirada, y de ahí la melancolía con que juzga en Orán el destino de tantos héroes de las glebas de los tercios, como los soldados abandonados a su suerte en esa guarnición africana, sin paga, como el valiente Malacalza o Copons, al que finalmente logra rescatar para la *Mulata*, en la última aventura de la serie por ahora, la titulada *Corsarios de levante*.

Fue el poder monárquico desagradecido con ellos y lo fue con la desdichada suerte de los soldados en Flandes, lo que padecieron en la brega del Mediterráneo, como lo había sido con Cervantes, héroe herido en Lepanto y que ni una pobre escribanía para las Indias logró sacar a cambio. Todo ese abandono de los soldados a su suerte es muy patente en Alatraste y encuentra en el desengaño de Quevedo su mejor emblema.

Pero no crean que este eje de desengaño se da solo o principalmente al final de la serie. Está presente en toda ella. Lean en su primer libro, el titulado *El capitán Alatraste*, las reflexiones de Íñigo de Balboa sobre el donaire que se

gasta Felipe IV en la fiesta del toro, sobre cómo el pueblo jaleaba a su Monarca en lo festivo:

Ya he dicho en alguna parte que a sus dieciocho o veinte años nuestro buen rey era, y lo fue durante mucho tiempo, simpático, mujeriego, gallardo y querido por su pueblo: ese buen y desgraciado pueblo español que siempre consideró a sus reyes los más justos y magnánimos de la tierra, incluso a pesar de que su poderío declinaba [...] y también pese a que nuestro joven monarca, cumplido caballero pero abúlico e incapaz para los negocios de gobierno estaba a merced de los aciertos y de los errores –y hubo más de los segundos que los primeros– del conde y más tarde duque de Olivares. (Pérez-Reverte 2005: 181-182)

Aquí eran las fiestas de toros, en *El caballero del jubón amarillo* será la afición a las actrices. Y los tercios, mientras tanto, batallando en Flandes, hasta que llegó a ponerse el sol, contra-título de una obra de Marquina que no por casualidad es el antetexto que inicia la serie toda.

Quevedo lo sabía y escribió a menudo sobre esto. Se lo hace decir varias veces Pérez-Reverte en los distintos Alatristes. Pero porque su autor sabe que Quevedo vivió tal desengaño no como personaje de ficción, sino en carne propia. En una carta personal dejó escrita la siguiente frase “Que a los que reinan les desagradan los ingenios políticos de sus hijos”; eso dice a su amigo de Beas de Segura, don Sancho de Sandoval, en una carta el 18 de diciembre de 1644, meses antes de morir, sin saber que íbamos a leerla.

Creo encontrar aquí uno de los ejes semánticos de toda la serie de Alatriste, sentido que se va acentuando en sus últimas entregas: podríamos resumirla parafraseando la famosa frase del Cid: dichosos españoles vasallos si hubieran tenido buenos señores. A Diego Alatriste le van a ocurrir con Guadalmedina cosas muy semejantes a lo que le ocurrió a Quevedo con Medinaceli; el personaje de Pérez-Reverte, que en la serie es también un Grande de España, va a romper con Alatriste, a quien le va a sobrevenir una desgracia cuando, a propósito de su trato carnal con la actriz María de Castro, se cruce en el camino nada menos que del mismo rey.

Pero un poco antes, han de andar Quevedo y Alatraste, estamos en 1623 y 1624, respectivamente, juntos y cómplices en aventuras que han sido promovidas por y a favor del Conde Duque, como ocurre en las tramas de *Limpieza de sangre* y *El oro del rey*. No olvidemos que la primera es novela que comienza con el capítulo titulado “Un lance del señor de Quevedo”, y que, según descubrimos luego, está todo el asunto alrededor de don Vicente de la Cruz y sus hijos, urdido contra los intereses de cambio de prestamistas del Conde-Duque (Pérez-Reverte 2006a: 133), lo cual es providencial para el propio Íñigo de Balboa, a punto de ser nombrado fatalmente por el escribano en el Auto de fe, pero salvado precisamente por un aviso que a éste le pasa Quevedo, de parte del Conde Duque (Pérez-Reverte 2006^a: cap. IX).

Lo mismo ocurre con *El oro del rey*, cuya trama tiene al propio Felipe IV como beneficiario, y en cuyo desarrollo vemos que es Quevedo quien al inicio de la novela (Pérez-Reverte 2000: 23) le escribe a Alatraste, recién desembarcado de Flandes (de la aventura de *El sol de Breda*) anunciándole un encargo que luego le hace verbalmente con las primeras palabras del capítulo II de *El oro del rey*: “Habrá que matar –dijo don Francisco de Quevedo– y puede que mucho...”, es decir, siendo el intermediario de una misión que tiene al oro de las Indias, la traición que con su robo se pergeña, pero también la avaricia de varios poderosos, como palancas fundamentales.

Y Alatraste, que ya tiene en su interior el estigma del desengaño, cobrado en Flandes, y puesto que han tenido larga disertación sobre el poderoso caballero que es don dinero, y que aquí, según dice Quevedo, “el más menguado hace encaje de bolillos” (Pérez-Reverte 2000: 63) advierte al propio don Francisco, un poco antes, que muy cortesano lo está viendo.

“[E]l rey me pide agudezas, la reina me sonrío... Al privado le hago algún pequeño favor, y él corresponde”, le contesta don Francisco, a lo que Alatraste añade, no sin cierta retranca: “–Celebro que la Fortuna os halague por fin.” (Pérez-Reverte 2000: 49), y a lo que Quevedo finalmente responde: “–No lo digáis muy alto. Tantas tretas me ha jugado, que la miro con desconfianza”.

No siempre está Quevedo tan metido en la acción como en estas dos novelas de la serie. Por razones obvias, su presencia en las dos que transcurren fuera de la Península, *El sol de Breda* y *Corsarios de Levante*, Quevedo tiene un papel muy reducido, pero significativo de otras facetas de las funciones que Pérez-Reverte le asigna en sus novelas, a las que acudiré enseguida. Por de pronto comparten no únicamente faenas y amistad, sino también ese estigma que ya en el primer libro *El capitán Alatriste* enuncia así:

¿Batirnos contra quien, don Francisco?

Tenía el gesto ausente cual si de antemano no esperase respuesta. El otro alzó un dedo en el aire. Sus anteojos le habían resbalado de la nariz y colgaban al extremo del cordón, dos dedos encima de la jarra.

-Contra la estupidez, la maldad, la superstición, la envidia y la ignorancia -dijo lentamente, y al hacerlo parecía mirar su reflejo en la superficie del vino-. Que es como decir contra España, y contra todo.

Escuchaba yo aquellas razones desde mi asiento en la puerta, maravillado e inquieto, intuyendo que tras las palabras malhumoradas de don Francisco, había motivos oscuros que no alcanzaba a comprender, pero que iban más allá de una simple rabieta de su agrio carácter. No entendía aún, por mis pocos años, que es posible hablar con extrema dureza de lo que se ama, precisamente porque se ama, y con la autoridad moral que nos confiere ese mismo amor. A don Francisco de Quevedo, eso pude entenderlo más tarde, le dolía mucho España. (Pérez-Reverte 2005: 77-78)

La frase que será luego de Unamuno en el aciago 98, la fórmula Íñigo de Balboa para decir a Quevedo, antes de enumerar toda la serie de sangrías con que las campañas españolas en Flandes, el dispendio de la Corte, etc., iban corroyendo el oro de las Indias. Y es sentimiento que Alatriste va pergeñando en sus silencios, y en la bruñida tez de una mirada melancólica, que Íñigo de Balboa comienza a entender más tarde.

Como se sabe, una de las líneas semánticas que sostienen toda la serie literaria del capitán Alatriste es el recorrido por los lugares y episodios cruciales

del reinado de Felipe IV, hasta el desastre de Rocroi, aquí solamente anunciado: Inglaterra y Francia contra España, la Inquisición, Flandes, el robo del oro de las Indias, el mundo del teatro, el Mediterráneo, etapas de todo el proceso recorridas en cada libro.

Pero junto al político, cortesano o callejero, el otro eje semántico sobre el que descansan las novelas de Alatraste es el mundo literario, en un indirecto homenaje que viene recibiendo en estas obras, una España que logró lo más alto en las letras y en las artes, según se dice palmariamente, a propósito de Lope de Vega en el primer volumen de la serie, cuando al pasar toca Lope la cabeza del niño Iñigo de Balboa y éste escribe:

-No olvides a ese hombre ni este día -me dijo el capitán, dándome un afectuoso pescozón en el mismo sitio donde Lope me había tocado.

Y no lo olvidé nunca. Todavía hoy, tantos años después de aquello, me llevo la mano a la coronilla y siento allí el contacto de los dedos afectuosos del Fénix de los Ingenios. Ni él, ni don Francisco de Quevedo, ni Velázquez, ni el capitán Alatraste, ni la época miserable y magnífica que entonces conocí, existen ya. Pero queda, en las bibliotecas, en los libros, en los lienzos, en las iglesias, en los palacios, calles y plazas, la huella indeleble que aquellos hombres dejaron de su paso por la tierra [...] el eco de sus vidas singulares seguirá resonando mientras exista ese lugar impreciso, mezcla de pueblos, lenguas, historias, sangres y sueños traicionados: ese escenario maravilloso y trágico que llamamos España. (Pérez-Reverte 2005: 199)

Obsérvense las dualidades de los oxímoron: época miserable y magnífica, escenario maravilloso y trágico. Magnífica y maravillosa tan sólo como legado de unos escritores que la serie recorre por entero. Por mucho que Quevedo zahiera una y otra vez a Góngora, hace decir al personaje narrador en *El caballero del jubón amarillo*: “aunque nunca me fue simpático [...] reconozco ante vuestras mercedes que don Luis de Góngora fue un extraordinario poeta que, paradójicamente junto a su mortal enemigo Quevedo, enriqueció nuestra hermosa parla. Entre ambos, cultos, briosos, cada uno en diferentes registros

pero con inmenso talento, renovaron el castellano [...]; de manera que puede afirmarse que tras aquella batalla fértil y despiadada entre dos gigantes, la lengua española fue, para siempre, otra” (Pérez-Reverte 2003: 51). Aparecen por doquier en esta obra, pero también en otras, don Pedro Calderón y Guillén de Castro, y es Quevedo el que regala a Íñigo de Balboa la segunda parte de *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, o se visitan las calles donde vivían todos ellos, y donde se hallaba la imprenta de Juan de la Cuesta donde nació el más grande libro de nuestra lengua (Pérez-Reverte 2003: 43). Se da cuenta precisa, sí, de las rencillas de Lope y Quevedo contra Góngora, pero también contra Cervantes como poeta (Pérez-Reverte 2003: 40 y 61) y en conclusión se llega a ésta:

[...] del mismo modo que el imperio donde no se ponía el sol fue poco a poco cayéndose a pedazos, borrado de la faz de la tierra por nuestro infortunio y nuestra vileza, entre sus despojos y ruinas [observen que hay un recuerdo de un verso de Quevedo aquí, “todo soy ruinas, todo soy despojos”] quedó la huella poderosa de hombres singulares, talentos nunca antes vistos que explican, cuando no justifican, aquella época de tanta grandeza y tanta gloria. Hijos de su tiempo en lo malo, que fue mucho. Hijos del genio en lo mejor que dieron de sí mismos, que no fue poco. (Pérez-Reverte 2003: 62)

Esta otra línea de flotación de la serie tiene a Quevedo como emblema. Él funciona como alter ego reflexivo de Alatraste en momentos álgidos de la obra, también como educador de las lecturas de Íñigo de Balboa a quien desde la distancia, en el libro *El sol de Breda*, recomienda lea a Plutarco ((Pérez-Reverte 2002: 39) y a quien envía la segunda parte de *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, lo que Íñigo agradece (Pérez-Reverte 2002: 173), igual que finalmente en *Corsarios de Levante* le hace llegar el ejemplar de *Los sueños* recién salido de la imprenta (Pérez-Reverte 2006b: 332). Se cita en esta obra las novelas ejemplares y la *Lozana andaluza*. En la Sevilla de *El oro del rey* se homenajea a Monipodio. Todo rebosa literatura por doquier.

Y entre ella un Quevedo al que Pérez-Reverte demuestra conocer al dedillo. Sería prolijo acudir a los cientos de versos, giros, guiños concretos extraídos de romances, letrillas, sátiras, reflexiones morales, sonetos metafísicos. Sí quiero advertir que hay todos los Quevedos posibles: no se ignora, y así aparece en *Limpieza de sangre*, su antijudaísmo impertérrito, ejemplar como pocos de la casta montañesa de cristianos viejos (Pérez-Reverte 2005: 63-64), ni se evita la crueldad de hacer saltar a Góngora de su casa. Se ofrece lo mismo el mito popular del creador de chistes, a quien era atribuida cualquier sátira que tuviera ingenio bastante (Pérez-Reverte 2005: 67 y 75); ese Quevedo popular, que se admite, porque es concesión de la serie para atraer los escritores a las escuelas, como gente graciosa, sabia, pero también pendenciera y viva. Y es que así era realmente. La imagen que tenemos del escritor en su rincón, solamente conviene al último Quevedo, o al que es desterrado como Pérez-Reverte le hace decir a su Ponto Euxino (como Ovidio) de la Torre de Juan Abad (Pérez-Reverte 2000: 23).

En Madrid tenía fama de espadachín, participó ciertamente en lances, se amancebó con una mujer conocida como la Ledesma, cliente de la Taberna del Turco y de la Lebrijana, pero al mismo tiempo el hombre que lee en su lengua a Homero, Aristófanes, a Tácito, a Plutarco y Séneca. Todo ello está en la serie de Alatríste.

Y no sólo el escritor: se da cuenta precisa de cuándo se ha producido la caída en desgracia con Osuna, a quien siguió en la aventura italiana, untando carros para que no rechinasen, se le hace cumplido homenaje a la lealtad que supo tener don Francisco tanto en el soneto "Faltar pudo a su patria el grande Osuna", que incluye el apéndice de *Corsarios de Levante*, y que no me resisto a leer completo, porque, aparte de respetar el principal código de amistad que es uno de los códigos sagrados en el mundo de Alatríste, es de los mejores de su pluma. Lleva por título, en la edición del Parnaso, "Memoria inmortal de don Pedro de Girón, Duque de Osuna, muerto en la Prisión" (que Pérez Reverte modifica parcialmente, para añadir el título de Virrey de Nápoles):

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas;
diéronle muerte y cárcel las Españas
de quien él hizo esclava la Fortuna.

Lloraron sus invidias una a una
de sus propias naciones las extrañas;
su tumba son de Flandes las campañas,
y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió el Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongibelo;
el llanto militar creció en diluvio.

Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
la Mosa, le Rhin, el Tajo y el Danubio
murmuran con dolor su desconsuelo.

Pero también, en la página 221 de *Corsarios de Levante*, se recoge aquel otro, en que Quevedo pareciera estar anticipándose a su desgracia, el que termina:

Divorcio fue del mar y de Venecia,
su desposorio dirimiendo el peso
de naves, que temblaron Chipre y Grecia.
¡Y a tanto vencedor venció un proceso!

Con igual precisión se va dando matizada cuenta de la relación con el Conde Duque y la rehabilitación de Quevedo en la Corte en los años 1623 a 1627, que son los que Íñigo de Balboa está refiriendo en los volúmenes publicados de la serie. Tampoco se ocultan sus humillaciones para sobrevivir en una Corte donde o bien eras Grande de España, medrador sin escrúpulos, o

finalmente fracasado reformador de una política que veía, y así lo iba anunciando su obra moral, satírica y política, verdaderamente suicida.

Quien esto escribe dedicó a Quevedo su tesis doctoral, y algunos de los mejores años de su juventud. Tenía, y he acentuado, mis reservas sobre su persona, difícil y compleja. También sobre su ideología, por la radical misoginia, antijudaísmo, y crecidos acentos de catolicismo Imperial. Todo era muy ideología de época, sí, pero otros escritores no las tuvieron o atenuaron más. Aunque, nadie lo discute, era un portentoso poeta, como ninguno en la sátira, el amor, y el soneto metafísico.

Resulta imposible, si se quiere ser fiel a él, dar un Quevedo sin luces y sombras. Pérez-Reverte lo ofrece así, en agudos contrastes, pero quizá no pueda decirse con Borges en *Otras inquisiciones* que Quevedo, antes que un hombre, fue una portentosa literatura. En la serie de Pérez-Reverte hay un envite a que tal cosa no siga siendo de ese modo. Porque en ella este personaje es también un hombre. La serie de Alatríste lo ve así, un hombre de su tiempo.

También un escritor de la edad de Oro. Ahora la llamamos así. Pero no entonces. Vivió un tiempo donde se dieron las desazones de una vida intelectual que no era apreciada como debía, excepto para el gran Lope; una España que dejó pasar a Cervantes sin reconocerlo hasta que anciano dio con su hidalgo loco. Pero hay que pensar que cuando eso ocurrió, en 1605, Cervantes, con 57 años, fracasado en lo vital y en lo literario, había solamente conseguido publicar *La Galatea*, y pocas comedias, terreno donde Lope le ganó la partida, como Góngora se la ganara en poesía.

Ganaron eso sí, el imperio de la Fama, los siglos, lo que Alatríste y los soldados de los tercios de Flandes o las galeras del Mediterráneo, no consiguieron: sobrevivir a la inquina de una época política mediocre, corrupta, mojigata, dominada por ancestrales sectas religiosas, de casta o de ambas, al servicio de las cuales entregaron sus propias vidas. Quizá Arturo Pérez-Reverte haya escrito esta serie de novelas para que, en su mundo y en el nuestro, vivan Diego Alatríste, Íñigo de Balboa, su padre, y otros muchos anónimos de la

Historia. Para que pueda, desde la literatura, hacerse justicia con todos cuantos su época expulsó a la desatención y el tiempo condenó al olvido.

BIBLIOGRAFÍA

- Astrana Marín, Luis (1945): *La vida turbulenta de Quevedo*. Madrid.
- (ed.) (1946): *Epistolario Completo de don Francisco de Quevedo y Villegas*. Madrid: Instituto Editorial Reus.
- Elliot, John (1972): “Nueva luz sobre la prisión de Quevedo y Adam de la Parra”. En: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXIX, p.182.
- (1982): “Quevedo and The Count-Duke of Olivares”. En: Iffland, J. (ed.): *Quevedo in Perspective*. London: Tamesis Book, pp. 227-250.
- Jauralde, Pablo (1999): *Francisco de Quevedo (1580-1645)*. Madrid: Castalia.
- Marañón, Gregorio (1945): *El Conde Duque de Olivares*. Madrid: Espasa Calpe, p. 132.
- Pérez-Reverte, Arturo (2000): *El oro del rey*. Madrid: Alfaguara.
- (2002): *El sol de Breda*. Madrid: Alfaguara.
 - (2003): *El caballero del jubón amarillo*. Madrid: Alfaguara.
 - (2006a): *Limpieza de sangre*. Madrid: Alfaguara.
 - (2006b): *Corsarios de Levante*. Madrid: Alfaguara.
- Pérez-Reverte, Arturo y Carlota (2005): *El capitán Alatriste*. Madrid: Alfaguara.